

para despedazar y romper cualquier cosa dura que se les oponga. Pero sobre todo, lo que les es propio y natural es el uso del arco y las flechas, á causa del comun ejercicio que en esta parte hacen todas las personas, sin distincion de grado, edad ni profesion, hasta exceder de lo verosímil. Lo que nace, ademas de la eleccion, de la obligacion que generalmente por providencia parlamentaria tienen todos los cabezas de familia de proveer de tales armas á las personas que componen su casa en cuanto llegan á los nueve años; y esto, no solo á fin de remover cualquier otro ejercicio, sino tambien con objeto de aumentar este mismo diligentemente, por descansar en él la fuerza y esperanza de los Ingleses, gente mas á propósito, hablando con verdad, para usarlo, de modo que no cederian á ninguna otra nacion mas práctica y ejercitada que ellos. Es tanta la estimacion que profesan á las mencionadas armas y la buena opinion que tienen formada de ellas, que las prefieren sin vacilar á las demas y hasta á los arcabuces, confiando en el arco y las flechas mas que en estos, en lo cual disienten de los capitanes y soldados de los otros países. Tiran ademas el arco con tanta fuerza y destreza, que algunos tienen fama de atravesar coseletes y armaduras enteras, y hay pocos entre ellos, de los ménos ejercitados, que por cada flechazo no se comprometan, colocados á una distancia conveniente, ya tiren á lo largo, ya como suelen hacerlo las mas de las veces, por lo alto, á dar siempre á medio palmo de la señal. Estas son comunmente sus armas ofensivas.

» Las defensivas son poco importantes, sea que no piensen en ellas, sea que no las estimen, prefiriendo, cuando combaten, estar expeditos y ágiles para poder andar en todas direcciones, correr y saltar á cargarse de armas, no obstante ser esto último mucho mejor en cuanto á asegurar la persona; así generalmente no usan, sino para la defensa de la cabeza, algunas celadas ligeras á modo de medias cabezas ordinarias, mas bien que morriones ó cosas de mayor importancia; y respecto de la persona, ó algun coselete, que arma la parte de delante, aunque de una manera mezquina, ó mejor (especialmente los que saben trabajarla) alguna loriga ó cota de malla; pero por lo comun usan jubones de estopa con mucha borra, que se cree con una defensa segurísima contra la fuerza de las flechas, y en los brazos algunas listas de malla á lo largo y nada mas.

» Hablaré ahora de la caballería, que se considera no ménos necesaria para la defensa que para el ataque. Principiando por la ligera, diré, que si esta fuese buena, sería sin duda infinita, pues aquella isla produce mas caballos que ninguna otra comarca de Europa; pero siendo caballos débiles y poco vigorosos, alimentados solo de yerbas, y que viven como las ovejas y demas animales á la intemperie en todas las estaciones pastando en los campos, no rayan

muy alto ni se les aprecia; sin embargo, por su decision y valor, particularmente si se encuentran en la provincia de Wallia, donde el lugar lo permite, son muy á propósito para ir á la descubierta, ejecutar excursiones y molestar al enemigo; pero se dice que harian mucho mas si estuviesen mejor alimentados. Como la isla no produce caballos grandes, buenos para el combate, excepto algunos en la provincia de Wallia y unos cuantos de ciertas razas que tiene la corona, la caballería pesada del reino es poco considerable. Es verdad que conociéndose de dia en dia su mayor necesidad y utilidad por la especial obligacion en que cada uno de los señores, barones y prelados están de reunir cierto número de esos caballos para la defensa del reino y el servicio del monarca, todas las personas bien acomodadas procuran tener raza de ellos. Así los que se ven son extranjeros, que se han hecho venir de Flandes, habiendo querido la serenísima reina que cada cual cumpla con su obligacion, á fin de que por falta de caballos la costumbre no se pierda, como iba perdiéndose. Se cree que si se reunieran todos los que existen de esta clase, y se dispusiera una revista general, acompañando á ellos los de los pensionarios y gentiles hombres que llaman de boca, y los de los arqueros de la corte, todos con obligacion de servir á caballo, compondrian una suma de mas de dos mil, que sería una gran banda, constando de guerreros excelentes, muchos de ellos provistos de caballos bardados para poder servir en cualquier género de batalla.»

§ 48. CONDICIONES DE LOS EJÉRCITOS DESDE CÁRLOS VIII Á LUIS XIV.

Las armas de fuego no caminaron rápidamente á las aplicaciones y á la perfeccion. Los caballeros creyeron poder defenderse de ellas usando armaduras cada vez mas robustas. Nosotros nos hemos sentido inclinados á creer que los cañones de Carlos VIII no eran tan ligeros y refinados como Guicciardini y los demas historiadores italianos nos los pintan, en atencion á que los vemos todavia arrastrados por bueyes en las guerras civiles de Francia; siendo á la sazón tan escaso el dinero que no bastaba á los graves gastos de esta arma, ni los grandes trenes convenian á aquellas pequeñas facciones, que se reproducian sin cesar. En la batalla de Ivry, el ejército real tenia seis piezas de artillería, y cuatro el de la Liga; en la batalla de Coutras el ejército protestante no contaba mas que tres.

La gendarmería vestida de hierro fué desapareciendo y cesó de constituir el vigor de los ejércitos; cada hombre de armas iba seguido de otro solo, y los demas formaban compañías separadas, prefiriendo la misma nobleza entrar en la caballería ligera y en la infantería, servicio de ménos fatiga y gasto. Pereció luego en-

teramente aquella institucion cuando la lanza fué abandonada por la pistola, lo que se hizo uso general en tiempo de Enrique IV; y ya antes los Alemanes habian sustituido las armas de fuego á las de punta, imitándoles pronto los Españoles y Mauricio de Nassau; si bien la fuerza de la caballería consiste en el arma blanca no en el tiro, poco decisivo y muy incierto. Efectivamente, en las últimas guerras hemos vuelto á ver las lanzas; mientras que en el siglo pasado la caballería continuó usurpando las funciones de la infantería, y ni siquiera se llegó á conocer la importancia de la movilidad de esta.

Retardó los progresos de la infantería la creacion de los dragones en tiempo de Enrique II, que combatian á pié y á caballo, para poder extenderse y llevar con prontitud el fuego de un punto á otro, no alcanzándose aun á concebir que un batallon pudiese cambiar de sitio despues de empezada la accion.

Los Estados se hallaban ya tan relacionados entre sí, que la novedad introducida por uno era aceptada inmediatamente por todos. Así encontramos adoptadas al mismo tiempo las armas de fuego por los *raitres* alemanes, por los *carabineros* españoles, por los *argouletz* y dragones franceses. Los *raitres* ó soldados armados de carabinas representan un gran papel en las guerras religiosas de Francia, enviados en su mayor parte por príncipes alemanes: se formaban en escuadrones de veinte á treinta filas, las cuales avanzaban una despues de otra disparando, y luego se retiraban á la cola para volver á cargar. Los *carabineros*, soldados ligeros á caballo, se formaban en pequeños escuadrones de mas fondo que anchura, y dada la señal marchaban haciendo fuego sucesivamente por filas, hasta que la caballería pesada se decidia á emprender el ataque; entónces se retiraban, prontos á perseguir si salian vencedores, y á sostener la retirada si eran vencidos. Los *argouletz* combatian á la desbandada, armados como los estradiotas, y con espada, maza en los arzones y arcabuz; escoltaban convoyes, molestaban al enemigo en la retirada y ocupaban con rapidez una posicion.

Francisco I pensó en librar su reino del capricho de los codiciosos mercenarios, disciplinando á los Franceses al modo de los Suizos, y creyó deber en esto imitar á los Romanos. Creó legiones de seis mil hombres, compuestas de tres clases de infantes: lanceros, alabarderos y arcabuceros, casi iguales en número. Eran siete, cada una con el nombre de la provincia de donde procedia. Pero nunca se llegaron á organizar ó solo lo fueron por breve tiempo, volviéndose en breve á las bandas separadas de dos ó trescientos hombres, adaptadas á la índole de la nacion y de los capitanes, enemigos de estar subordinados. Se comprendió, no obstante, lo mucho que importaba á la prontitud y regularidad la union de muchas bandas y la concentracion de los mandos, de modo que en tiempo de Enrique II y de Carlos IX se introdujo

de nuevo la legion, bajo el nombre de *regimiento*.

La caballería combatia habitualmente de este modo: iban delante los arcabuceros y demas soldados á caballo con armas de fuego, luego los lanceros, sostenidos por las corazas ó caballería ligera, y á estos seguian otros arcabuceros.

Hasta Enrique II duró el antiguo método de acometer con la lanza en una sola fila, y entónces fué cuando se empezó á hacer maniobrar la caballería por escuadrones, esto es, en muchas filas de fondo, aunque no siempre. Lanoue, uno de los mejores generales de Enrique IV, en sus discursos políticos y militares insiste en la necesidad de formar la caballería por escuadrones, y con tanto calor que muestra cuán dividida se hallaba en esta parte la opinion de los tácticos. Desaprueba enteramente la caballería pesada al estilo feudal. « Como tuvieron bastante razon, atendida la violencia de las pistolas y de los arcabuces, para hacer mas macizas y resistentes sus armaduras, se excedieron hasta el extremo de que muchos llevan yunques, en vez de armas. Así toda la hermosura del hombre á caballo se convierte en monstruosidad. Hoy un noble de treinta y cinco años tiene los hombros estropeados por tan gran peso. He visto al señor de Eguilly y al caballero de Puigreffier, ilustres ancianos, permanecer todo un dia armados de piés cabeza, á marchando al frente de sus compañías, mientras actualmente un capitan mas joven no querrá ó no podrá estar dos horas en tal situacion. El modo de disponer la caballería que hasta ahora se ha observado debe abandonarse, para adoptar el que la razon nos sugiere como mejor. Sé muy bien que otros sostendrán lo contrario, diciendo que se debe ser cauto en cambiar el sistema antiguo, que la gendarmería en sus mas felices tiempos combatia así, y que el señor de Guisa y el condestable, jefes tan excelentes, nada innovaron; á lo cual responderé, que antes de abandonar las costumbres antiguas, conviene examinarlas tres veces. Han sobrevenido muchas cosas que obligan á mudar de método, como ha sucedido con las fortificaciones despues de la invencion de la artillería. Aquel orden fué elegido, segun creo, porque componiéndose la mencionada gendarmería de nobles, cada cual queria combatir de frente, y ninguno en segunda fila, no juzgándose de ménos valor que su compañero. La gendarmería siguió así hasta la mitad del reinado de Enrique II con buen éxito; pero hácia el fin, las pérdidas que experimentamos probaron que nacia de semejante orden y de la firmeza del adoptado por el enemigo. En cuanto á mí, soy de dictámen que cien escuderos, armados, montados y conducidos, conservando el orden de escuadron, arrollarán á cien nobles dispuestos en ala.»

Estas razones se reconocieron como ciertas, y la batalla de Coutras, donde el duque de Jo-

yeuse y los espléndidos favoritos del último de los Valois fueron derrotados por los arcabuceros á pié de Enrique IV, es el último ejemplo de hazañas caballerescas en la historia de la guerra.

Entonces la infantería abandonó las armas defensivas, y crecieron en proporcion las de fuego, aunque el problema de asociarlas á las de punta quedó sin resolver hasta la invención de la bayoneta.

Tenemos pocas noticias de la táctica elemental y de la educación de las tropas: consta que sabían variar de disposición según los terrenos y asociar la movilidad con la fuerza; sin embargo, les faltaban ordenanzas que sirviesen de norma y reglamentos escritos, y cada jefe se creaba un método propio de ver y de aprovecharse de sus tropas.

Ordinariamente en la infantería los lanceros formaban batallones de diez de fondo á lo mas; entre las filas habia un intervalo de dos pasos. Los mosqueteros combatían, ya dispersos á manera de los velites, ya ordenados á derecha ó izquierda de los lanceros, sobre ocho ó diez filas; á veces iban delante de la caballería ó marchaban en los intervalos de los escuadrones. Las descargas se hacían sucesivamente, y no tiraba una fila hasta que la precedente no la habia descubierto, ó pasando detras ó arrodillándose.

También en Italia las guerras de Españoles, Franceses y Alemanes contribuyeron al progreso del sistema militar, y siguiendo su ejemplo los príncipes italianos organizaron tropas, evitando así el uso de las mercenarias. Las tropas regulares refrenaron á los enemigos interiores. Los Venecianos fueron los primeros en mantener á sueldo tropas regulares; pero Manuel Filiberto de Saboya fué el verdadero creador de la milicia permanente. La suya estaba compuesta de regimientos sobre las armas, formados por medio de alistamientos voluntarios, y de regimientos provinciales, que suministraban las comunidades. Cada provincia tenia su regimiento. Estos soldados provinciales, durante la paz estaban en sus casas, atendiendo al cultivo de las artes; recibían un estipendio muy leve, y una vez al año se reunían para los ejercicios en otoño; en la guerra rivalizaron siempre en valor con los regimientos de línea. Para los regimientos de caballería habia alistamientos voluntarios, eximiéndose así de recurrir á los nobles (1).

(1) En 1863 se leyó á la Academia de ciencias de Francia una Memoria sobre el arte militar durante la guerra de religión (1562-1598) de Edmundo De la Barre Duparey, llena de curiosas particularidades. Parece, entre otras cosas, que durante la guerra de Treinta Años los imperiales cargaban el mosquete en 24 tiempos, lo cual supone cuando menos diez minutos, esto es, un tiro cada cuarto de hora, al paso que en la actualidad pueden dispararse hasta diez tiros cada minuto.

§ 49. MEJORAMIENTOS DE LA CIENCIA MILITAR.

La invasión de Carlos VIII en Italia, dice Blanch (1), la Liga que se formó en contra suya para encerrarlo dentro de ella, su retirada que cortó estratégicamente Alviano, general de Venecia, la defensa de la Calabria por Aubigny, el éxito de la batalla de Fornovo, que abrió el camino al ejército francés, se parecen mucho á las operaciones que precedieron á la batalla del Trebbia en 1799, al paso del Beresina en 1812, á la batalla de Hanau en 1813, y prueban que los capitanes de aquel tiempo tenían el instinto de las grandes operaciones militares, pues vemos que trataron con las marchas de anticiparse al enemigo en un punto geográfico importante, y de llegar al mismo objeto á que aspiran en nuestros tiempos los generales instruidos, y que la ciencia, reducida á reglas claras, indica y facilita. Si añadimos el mérito militar de Marco Antonio y Próspero Colonna, los cuales seguían y agrandaban las combinaciones estratégicas, que en el anterior discurso hemos dicho no eran desconocidas de los mas ilustres capitanes aventureros de los siglos XIV y XV, hallamos la serie de estas reglas no interrumpida. La campaña del gran capitán Gonzalo de Córdoba en el Garellaño, las de toda la escuela de los capitanes españoles en el reinado de Carlos V, sus expediciones á África (donde era indispensable la cooperación de la marina militar, personificada en Andres Doria), todo prueba el progreso de las combinaciones militares, pues que una de sus señales mas evidentes es la de la combinacion de los ejércitos con las escuadras. Las guerras de Soliman y las de los capitanes franceses de la época son nuevas pruebas de nuestro aserto. Mauricio, elector de Sajonia, era un general lleno del vigoroso instinto de la guerra, carácter que vemos en todos los Estados beligerantes de entonces. Esto tenia que suceder, cuando el combate habia tomado mayores proporciones, las guerras civiles del feudalismo se habian concluido, las naciones peleaban por medio de ejércitos permanentes, con vastos espacios que recorrer, que defender, que conquistar, y la duración de las campañas debia corresponder al objeto de la guerra. Todas estas circunstancias obligaban el ingenio humano á desarrollarse en la dirección de su necesidad; por lo cual, como hemos dicho, la estrategia fué presentida y practicada, aunque no compuesta y elevada á la categoría de ciencia. Estas mismas circunstancias hicieron indispensable un sistema de administración militar, habiéndose convertido los ejércitos en colonias móviles. Pero de la imperfecta administración de los Estados, el ejército se resentía de modo que la guerra era funesta á las comarcas donde se empeñaba; y basta citar la toma de Roma por el condestable de Borbon,

(1) Discursos sobre la ciencia militar.

considerada tanto en su causa como en sus efectos, para que se comprenda lo que era la administración de un ejército del mas poderoso soberano de aquella época. Puede decirse, respecto de la táctica, que las mismas circunstancias enunciadas, que habian hecho llegar los entendimientos elevados á las combinaciones de la parte trascendental del arte, debían producir igual resultado para mover las masas que se chocaban entre sí, para ordenar y calcular los movimientos y sus efectos. Pero aunque parezca mas natural y razonable que la táctica, ménos sublime en sus métodos, debiese preceder á la estrategia, sin embargo, lo contrario está probado por la historia militar, y hallamos tan aguda como profunda la observación de un entendido oficial, el general Pelet, que dice que ni aun hoy está la táctica en armonía con la estrategia, y que tiene que hacer muchos progresos para colocarse al nivel de esta última.

Mas antes de pasar á otro asunto, queremos insertar las consideraciones que acerca de la nueva forma dada á los ejércitos publicaba un periódico, á propósito de la obra de Alfredo de Vigny *Servitude et grandeur militaire*:

« Por una contradicción extraña, pero no inexplicable, el ejército permanente, institución mas que ninguna opresiva y opuesta á las costumbres de la Francia, es la ménos impopular. La masa del pueblo llega lentamente á distinguir un cuerpo de los individuos que lo componen, y nosotros los Franceses no vemos los defectos de un nombre, con tal que muestre en la frente un reflejo de gloria. Sin embargo, esta larga paz comienza á disipar ese deslumbramiento, que estoy por decir impedia á la nación ver los vicios de nuestro sistema militar. Si la Francia se sometía en otro tiempo alegremente á los impuestos de la guerra, no creyendo pagar nunca demasiado caras las victorias, hoy que no reporta del oro prodigado á los ejércitos sino una corrupción creciente, consecuencia necesaria del ocio espantoso de cuatrocientos mil hombres, empieza á sentir que lo que llevaba como una condecoración, le pesa como una carga sobre el pecho. Sin embargo, aun tiene escrúpulo de murmurar de ello, y á veces se sorprende á sí misma en el acto de reprimirlo como una blasfemia contra la gloria, siempre que ve desfilar un cuerpo veterano de oficiales con la estrella de Austerlitz.

« Antes de declararnos contra los ejércitos permanentes, nos parece indispensable destruir la preocupación general que les supone un origen antiguo; pues que se considera, no sin razón, ridículo reprobar una institución que ha subsistido por largos siglos; y si una forma social ha envejecido con un pueblo, se puede declararla no soportable ya, pero de ningún modo mala en sí misma. En cuanto á la institución de los ejércitos permanentes, fundada sobre las ruinas del sistema de milicias sobe-

ranamente nacional de la edad média, no se que conserve la menor huella de las franquicias militares del feudalismo.

« La Francia nació en un campamento; como Arturo, fué amamantada dentro de un casco, arrullada en un paves, y antes de ser nación fué ejército, que se acuarteló en la Galia, parte de su botín. Cuando, en medio de una batalla, el ejército franco se convirtió en pueblo con arrodillarse ante el Cristo, sus varios acantonamientos se trasformaron en principados; los guerreros en ciudadanos; los ancianos en señores (*seniores*); eleváronse mas algunos jefes mas marcados (*marqueses*), sometidos á su vez á duques ó generales, y en la cúspide de la jerarquía social aparece un rey generalísimo, que tiene por trono un escudo. Así, pues, el ejército hizo en Francia la constitución, antes que la constitución formase el ejército; observación de capital importancia, pues domina y explica todo el sistema de las milicias transitorias del feudalismo. En la edad média, como cada cuerpo de la jerarquía social enarbolaba su estandarte al primer grito de guerra, la jerarquía militar volvía á organizarse, la Francia se convertía de nuevo en un ejército, y vivía mas á menudo bajo las tiendas que en las ciudades, confiando entonces á su hacha la misión civilizadora que hoy ejerce con la inteligencia.

« En los primeros años de la Monarquía, la Francia era semejante á un veterano, que habia llevado á la vida civil todos los gustos de su estado precedente; la guerra constituía aun casi su única ocupación, su pasatiempo, su fiesta. Las costumbres civiles debían ir dulcificando naturalmente el carácter demasiado belicoso; de donde resultó que concibiese otra gloria además de la de las armas; una educación intelectual se desarrolló, conservando en sus grados los nombres de los de la iniciación militar; algunos señores de inclinaciones pacíficas se eximían del servicio por dinero, sin que apareciese que faltaban á las reglas del honor; la nobleza no era ya tan celosa del privilegio de combatir, que se popularizó con el establecimiento de las milicias comunales y se extendió á la raza gala, cuya fusión con los vencedores tuvo entonces principio, favoreciéndose de este modo la disminución gradual de la pasión á las armas. El sistema de defensa enteramente nacional de la edad média nada habria perdido siendo modificado por el poder que debia á la circunstancia de estar en perfecta armonía con la constitución social, y por uno de los primeros móviles humanos el interés individual; resultado de la mutua obligación fundada en el enérgico sentimiento de la amistad, no hubiera cesado de consolidar los vínculos de un contrato pasivo por medio de afectos morales; solo que no hubiera sido ocupación exclusiva de los Franceses, que desde entonces parecían ya propender á adoptar un vasto sistema de milicias nacionales, en que cada ciudadano fuese guerrero, sin dejar por

eso de dedicarse á otras profesiones; pero las Cruzadas, que modificaron tantas existencias políticas en Europa, trastornaron esta marcha uniforme de la civilización militar.

» Las Cruzadas, sometiendo la Tierra Santa, infundieron en los monarcas de Europa la pasión de las conquistas; imprimiendo un eficaz impulso á la civilización, entibieron el ardor guerrero de las poblaciones, y fundaron la Monarquía pura, facilitando la reunión de los grandes feudos á la corona: tres causas inmediatas de los ejércitos permanentes.

» Aunque las guerras santas fuesen causadas por el ímpetu belicoso, pio y espontáneo, exaltado por los ultrajes inferidos á los Cristianos de Oriente, y no por espíritu de conquista, sembraron también en Europa la codicia de las provincias ajenas, casi desconocida en la edad media, y que es cosa muy diversa de la pasión delirante de las batallas. Las guerras de aquel tiempo son grandes torneos, en que no se considera ya inmediato objeto del combate despojar al enemigo, en que todo se juzga ganado cuando todo se ha perdido *ménos el honor*.

» Pero si la conquista no fué el objeto de las Cruzadas, fué sí su resultado; conquista santa, no producida por el egoísmo de nacionalidad sino legitimada por una doble misión civilizadora y expiatoria. Para conservar las ventajas obtenidas por el Occidente sobre el Oriente en la larga lucha de la Cristiandad contra el islamismo, se necesitaba una milicia permanente, y á fin de imponer silencio á las quejas provocadas siempre por semejante institución, la Iglesia que, en aquellos siglos católicos, respondía á cada necesidad de la humanidad con el milagro de una institución, concibió en su fecundo seno un cuerpo, que en medio del positivismo actual parece una fábula de los tiempos heroicos, á saber: las órdenes religiosas militares, ejército permanente, verdadero cuartel en los templos bajo la disciplina de Dios, y que las Cruzadas, al abandonar la Tierra Santa, dejaron de guarnición en el sepulcro de Cristo. Sin embargo, con motivo de la conquista del Santo Sepulcro, el placer de las conquistas culpables, que aquella no podía inspirar, se despertó por el abuso del legítimo orgullo de poseer la Tierra Santa; á la manera que la divina institución de un ejército estacionario monástico fué modelo de la viciosa de uno secular.

» Fermentando cada vez mas el amor á las conquistas en la cabeza de los señores de Europa, fué preciso tener ejércitos siempre disponibles para adquirir, y mas aun para conservar. Llamaron á las armas á los vasallos; pero justamente cuando invadía á los reyes de Europa tal amor, la pasión de las batallas se iba extinguiendo en los pueblos por la acción de la cultura. El alma de aquellos pueblos viajeros se había engrandecido; la Europa, como un creyente que trae de una santa peregrinación tesoros de gracia, inclinando la frente sobre el Sepulcro de Cristo, parecía haber ad-

quirido un milagroso poder progresivo; caminando á pasos agigantados, había llegado á los confines de un nuevo universo, que debía ser gobernado ménos por las represiones de la fuerza que por el pacífico cetro de la inteligencia; y para que sus pasos fuesen mas libres en las nuevas funciones de ciudadanía, sentía necesidad de deponer la armadura. De aquí que los vasallos respondiesen tíbiamente al llamamiento de los monarcas, y á modo de una fogosa juventud pasó aquel tiempo en que la Francia, al primer grito de guerra, se convertía en un ejército. No había ya, como ántes, un castillo gótico lleno de aspilleras, y coronado de torrecillas almenadas, con un pueblo de caballeros dentro, siempre dispuestos á lanzarse á los peligros; y como podían aquellos eximirse por dinero, el llamamiento era ilusorio. Además el servicio feudal, que se limitaba á cuarenta días, aunque bastaba para dar libre curso al entusiasmo caballeresco, y las mas de las veces desinteresado de las guerras entre los señores, no era bastante en guerras de pueblo á pueblo, prolongadas por muchos años y dirigidas á la conquista. Ya la lentitud de la gente armada en reunirse y la prontitud en separarse á la primera señal de acomodamiento, había ayudado á los ejércitos asalariados de Inglaterra para penetrar hasta el corazón de la Francia, y Carlos VIII, para rechazarlos y vencerlos, renunció á la convocatoria de los vasallos y trató de crear un ejército que estuviese á su disposición.

» Así principió la demolición del admirable sistema militar de la edad media y la formación del ejército permanente. Se necesitaba una transformación, y acaeció una revolución con gran daño de la Francia. Lo mas escogido del país sentía repugnancia á alistarse en el nuevo ejército, que por lo mismo, segun dice Brantôme, fué una aglomeración de holgozanes, mal armados, ladrones y devoradores de pueblos. Estos ladrones momentáneos cesaron con el establecimiento mas regular de las compañías de *ordenanza*, compuestas de unos nueve mil hombres; pero para su conservación hubo que crear la *talla*, impuesto arbitrario y mucho mas devorador de los pueblos que aquellos de que habla Brantôme.

» Desde aquel momento, cuanto había de nacional é independiente en la antigua milicia, empezó á desaparecer. No existía ya aquel pacto militar feudal fundado en la amistad, origen de grandes y generosas virtudes. La independiente lealtad francesa se irritó al encontrarse humillada bajo una disciplina recelosa, y se vió á los nobles franceses resolverse con dificultad á servir como oficiales en el ejército, cuyas filas se gloraban un día de engrasarse como soldados. Entónces tuvo principio el uso vergonzoso de asalariar cuerpos de tropas extranjeras. El ejército francés que un tiempo exageraba el sentimiento de su dignidad hasta el extremo de no admitir sino nobles en sus

filas, llamó ya á formar bajo sus banderas aventureros de todas clases, arqueros italianos que fueron los primeros en huir en Azincourt, lanzanetes alemanes, *hombres de sacos y de cuerda*, dice un cronista, *mal armados, marcados con la flor de lis en el hombro y que llevaban los cabellos sin peinar y la barba larga*; hasta se vió, en tiempo de Carlos VII, la cimitarra turca admitida entre nuestras armas y la media luna de los turbantes marchar en fila con la Cruz de los cascotes.

» Despues, bajo la administración de Louvois, rompió la nueva constitución del ejército todo vínculo entre esta y la nación, y empezó su era de servidumbre. Para velar sus cadenas se le vistió de oro, se le alojó en palacios; pues si el reino del gran Luis fué, como dice Chateaubriand, el catafalco de la libertad, aquel monarca supo cubrirlo de un paño fúnebre tan pomposo, que al marchar á la fosa pudo creerse en el mas alegre día de fiesta.

» Hoy no quedan ya vestigios de aquel mágico sistema de organización militar, su destrucción empezó con Carlos VII, y continuada por sus sucesores, fué consumada en parte por Luis XIV al imponer al ejército, mediante las divisas uniformes, cierto aire de domesticidad; obra á que puso la última mano Buonaparte, haciendo una cosa idéntica. Así, cuando un oficial que volvía solo del ataque, interrogado por él dónde estaba su batallón, respondía: *Señor, ha quedado en la brecha*, sentía Napoleón ménos disgusto que si le hubieran dicho que había sido clavada una batería.

» El ejército permanente de nuestros días es un pueblo extraño, que vive como un pólipo en medio de la nación y de su sustancia, pero con una existencia totalmente distinta; un pueblo que, en medio de una nación que agita la tesis de la abolición de la pena capital, tiene un código especial que castiga culpas levisimas con la muerte; un pueblo, cuya independencia en un país libre consiste en la obediencia pasiva.

» Véase á lo que han reducido al ejército los reglamentos modernos, rompiendo sus antiguas y admirables relaciones con la constitución política. Al convertirse en un cuerpo distinto en todo de la nación, perdió aquel principio de vida, que circula de las bases del Estado á las instituciones, como el jugo del tronco á las ramas, y desde entónces debió empezar su disolución.

§ 50. SE CAMBIAN LAS FORTIFICACIONES. — EL BALUARTE.

Quando el sitiador vió que los nuevos proyectiles destrufan sus helépolis y demas máquinas de ataque, tuvo que modificar el arte, y oponer cañones á cañones. No sirviendo ya las galerías sobre el terreno, se excavó este, arrojando la tierra que se extraía hácia la plaza sitiada, y

formando con ello una trinchera serpeante, donde colocar la artillería que disparase contra la muralla enemiga. Entónces los sitiados conocieron la insuficiencia de las antiguas defensas. Las cortinas y las torres exigieron mayor espacio, de modo que fué preciso dar mas amplitud á los terraplenes de las primeras, mas superficie á las otras, que se construyeron también macizas, mientras ántes eran vacías.

La fuerza principal de las murallas antiguas estaba en su altura, de modo que permanecían descubiertas á la vista del enemigo. Esto llegó á ser un defecto cuando no hicieron mas que ofrecer mayor superficie á los tiros de la artillería; se pensó, pues, en sumergirlas en los fosos. En campo raso la contraescarpa, á lo ménos en Italia, recorría un camino de circunvalación, llamado *terrado* ó *terraplen* del foso, y que se elevaba mediante los materiales sacados de este último. En su límite exterior se construía una empalizada, la cual, á falta del terraplen, se hacía en la cima del foso y recibía el nombre de *glacis*; denominación que era sin embargo comun á cualquier parapeto, y que luego se reservó al plano inclinado desde la ceja de la contraescarpa al campo, inútil en las defensas antiguas, porque entónces las máquinas no tiraban sino en arco, y que la necesidad obligó á adoptar en el siglo xv. Para defender de cerca el foso y el pié de la muralla, y asegurar la retirada despues de una salida hecha con mal éxito, se fabricaba paralelo y al nivel de la muralla un *camino cubierto*, llamado en el siglo xvi *pomerio*, ó *falsabraga*, si tenia muro por el lado exterior. No siendo importante mas que cuando hay glacis artificial ó natural (como sucedió en Brescia en la guerra de 1438), poco ó nada se le encuentra usado ántes de 1550.

El foso es una de las defensas mas naturales, y por lo mismo mas antiguas de las ciudades, alguna vez doble y hasta triple, como en Padua en 1389, en Caravaggio en 1448 y en Ródas en 1480. Entónces, como ahora, se disputaba si sería mas conveniente seco ó con agua, y los sitiadores trataban de seguir distinto método del que veían preferido por los sitiados.

Como las principales defensas eran las perpendiculares, la ribera interior del foso se hacía vertical, ó muy poco escarpada; también la exterior fué escarpándose. La anchura y la profundidad debieron aumentarse con el uso de la artillería, cuando el acrecentamiento de los terraplenes se obtenía por la mayor excavación de los fosos. Entónces la orilla exterior ó contraescarpa se muró, para que fuese lo mas vertical posible, y que hubiese dificultad en bajar al foso; con tal objeto los bordes se proveían de harpones de hierro. Pero se recomendaba que el muro bastase apénas á sostener el empuje del terreno, á fin de que el enemigo no pudiese llegar á él valiéndose de galerías cubiertas, y fijar allí cañones. El foso con agua impedía las minas, pero era fácil de cegar; por lo cual se pensó en unir su ventaja á la del